

LA APORTACIÓN DE MN. SERRA VILARÓ AL CONOCIMIENTO DE LA CULTURA MEGALÍTICA CATALANA

Nuestro deseo de colaborar en el merecido homenaje que se tributa en estas páginas al probo e inteligente arqueólogo Mn. Serra Vilaró nos mueve a redactar unas impresiones acerca de lo que su aportación al estudio del megalitismo catalán representa.

Precisamente, la labor que en los últimos tiempos ha desarrollado nuestro admirado amigo desde su residencia de Tarragona, ha estado encaminada preferentemente a la arqueología romana y paleocristiana, en las que sus hallazgos y estudios han proporcionado datos insospechados y abundantes que añadir a la historia de la imperial ciudad. Estos éxitos han hecho olvidar a las nuevas generaciones de aficionados la gran labor que Serra Vilaró había realizado en años anteriores en el campo de la Prehistoria, donde su aportación tiene un valor considerable que acaso no se haya valorado todavía en su verdadero alcance, a pesar de que sin ella muchos aspectos de la Prehistoria catalana habrían quedado totalmente oscurecidos.

Tan fructífera actividad la realizó Serra Vilaró desde Solsona, localidad magníficamente situada, en el centro de una extensa comarca rica en vestigios prehistóricos y casi totalmente inexplorada hasta entonces. En unos diez años de trabajo intenso, aproximadamente desde 1915 a 1925, Serra Vilaró convirtió el Museo Diocesano de Solsona en el más importante de Cataluña después del Arqueológico de Barcelona y aún superando a éste para algunos aspectos del Eneolítico. Los arqueólogos barceloneses contemplábamos un poco asustados la continua aportación de nuevos yacimientos y nuevos datos que a veces contradecían, con sus resultados, las hipótesis elaboradas en nuestra mesa de trabajo, y que nos venían de una zona montañosa siempre algo remota por la dificultad de comunicaciones. Joven yo entonces, pude ser testigo de esa etapa heroica y de

la impresión que en la escuela que dirigía nuestro maestro Bosch Gimpera causaban los continuos descubrimientos que nos llegaban de Solsona. Recuerdo perfectamente la impresión que me causó en Enero de 1919 la visita al museo de dicha ciudad y no he olvidado tampoco que las discrepancias de orden teórico entre Serra Vilaró y la escuela barcelonesa, joven y por tanto demasiado creída acaso de su superioridad científica, dificultaron por lo menos la publicación de parte de los hallazgos de aquél.

Es indudable que de haber continuado en aquella localidad nuestro homenajeado, los descubrimientos hubieran seguido y los materiales descubiertos habrían sido estudiados más a fondo, con repercusiones científicas que no han tenido. En este sentido hemos de lamentar su partida de Solsona aunque esto redundara en definitiva en provecho para la arqueología tarraconense.

El número de estaciones prehistóricas exploradas por Serra Vilaró suma varios centenares, a pesar de que contó sólo con pequeñas ayudas económicas de autoridades o entidades locales, de algún particular y la escasa protección que la "Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades", que entonces dirigía la investigación arqueológica en España, podía prestarle. Tomando como centro Solsona, extendió sin embargo su campo de acción por las comarcas vecinas, en especial el Bergadán y el alto Urgel. Fuera de ese territorio destaca la excavación de la importante cueva *Josefina* de Escornalbou, patrocinada por D. Eduardo Toda.

Las edades del bronce y del hierro le deben excavaciones en poblados, de importancia excepcional. Tales son los realizados en San Miguel de Sorba, Castellvell de Solsona, Anseresa en Olius y Marlés. En ellos encontró manifestaciones culturales apenas conocidas hasta entonces, ligando ya con la época de la romanización, para la cual tampoco faltaron hallazgos en la comarca (Solsona, Abella). Aparte los poblados no podemos dejar de citar la mina de cobre de Riner y la cueva de *Can Mauri*.

Pero acaso la etapa para la que los hallazgos de Serra Vilaró fueron más decisivos y a la que queremos referirnos más concretamente, es la del Neo-eneolítico, manifestada en cuevas y dolmenes. Se trataba de estaciones que con pocos medios podían excavar de manera completa y a ellas dedicó dos obras que son fundamentales en la Prehistoria catalana: *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrales eneolítiques* y *Civilització megalítica a Catalunya*

editadas en Solsona, en los años 1923 y 1927 respectivamente, como publicaciones del Museo Arqueológico Diocesano.

En la primera de estas obras se describen hasta 21 cuevas o abrigos utilizados como lugar de enterramiento. En parte de ellos el material pertenece a una cultura atrasada más propiamente neolítica, en que se dan todavía las piezas de sílex microlíticas. En otras el material entra de lleno en el dominio de la cultura megalítica de la región y es de una gran riqueza. De ésta da idea el contenido de la cueva de *Aigues Vives* en Brics. Contenia este enterramiento los restos de casi cien individuos, con 32 cráneos aprovechables para el estudio, cuatro vasos campaniformes de gran belleza, innumerables fragmentos cerámicos de otras especies, punzones y anillos de bronce e incluso un puñalito de este metal, además de muchos botones de hueso y colgantes y más de 2.000 cuentas de collar de concha.

El espíritu observador de Serra Vilaró y su honradez científica le conducen a atinadas observaciones y a no silenciar nada de lo que ha visto aunque pueda contradecir hipótesis tenidas por buenas. Esto da valor a sus ideas sobre prácticas funerarias (descarnamiento), razas (introducción del tipo braquicéfalo al llegar el metal), pintura en rojo de los huesos, trepanación, huesos de perro acompañando los restos humanos, técnica cerámica (uso de conchas para la incisión, imitación de formas de frutos, especialmente el uso de un molde de calabaza para el vaso campaniforme), etc.

La segunda de las obras citadas constituye la aportación más preciosa de Serra Vilaró a la Prehistoria hispana y el más denso caudal dolménico que de una sola vez se ha volcado en su estudio. Con este libro todas las publicaciones sobre megalitos catalanes quedaron anticuadas, incluso mi libro sobre la civilización megalítica catalana que publiqué en 1925. Baste decir que en mi libro se daba noticia de 106 dólmenes en Cataluña y Serra Vilaró describía 109 (sin contar 53 cistas no megalíticas), limitados a unas pocas comarcas muy relacionadas entre sí y en las que antes de su obra sólo conocíamos 31 ejemplares.

El estudio de Serra Vilaró, concentrado sobre monumentos similares de un territorio homogéneo, tiene por ello un interés excepcional. Preparando ahora la segunda edición de mi libro sobre la cultura megalítica pirenaica, he tenido múltiples ocasiones de apreciar su valor. Sus enseñanzas son aun indispensables para quien desee tener una idea de lo que fué la gran época dolménica y aunque no podamos decir que los problemas de la cultura pirenaica se resuelvan

con ello, nos dan una visión mucho más amplia de la que antes de tales trabajos se poseía. Lástima que el propio autor no siguiera sus estudios en este aspecto por lo que no se ha sacado todo el fruto de sus descubrimientos. Sólo recientemente, J. Maluquer, que ha iniciado nuevas exploraciones por las comarcas del Segre, ha sabido presentar puntos de vista originales aprovechando lo que nos enseñaron los trabajos de Serra Vilaró.

Para este autor, dólmenes y sepulcros en cuevas debieron ser contemporáneos, sin que pueda darse a unos u a otros mayor antigüedad. En prueba de ello cita las cuevas de *Puiganseriac* (San Miguel de la Aguda), *Peu de Roch* (Solsona) y *L'Atalaia* (Solsona), donde el abrigo contiene una verdadera cámara magalítica. Esto es lo mismo que hemos observado en el Ampurdán, donde las cuevas sepulcrales del Montgrí, por ejemplo, contienen un material semejante a los dólmenes de las Gabarras.

Resultando esencial de los trabajos de Serra Vilaró es la comprobación de la presencia de dos tipos de sepulcros hechos con losas, lo que indica que dos ritos funerarios distintos se sucedieron en las tierras catalanas. Uno de ellos inhumaba sólo uno o dos cadáveres en cistas de pequeñas dimensiones (no pasaban apenas de un metro de longitud), hechas con losas delgadas que se hundían en el suelo, formando como una fosa revestida. Otro empleaba monumentos mayores, con grandes losas sin clavar en el suelo, con túmulo de piedras y con corredor o puerta de entrada, sirviendo para varias inhumaciones. No cabe duda de que tales ritos fueron sucesivos y no contemporáneos; basta ver el material publicado. En las cistas no hay nunca metal, abundando en cambio los huesos pulimentados y los útiles de sílex en que predominan los microlitos geométricos; la cerámica es tosca y sin decoración. El tipo es bien conocido pues Cataluña está llena de estas sepulturas en fosa o cista que se incluyen dentro del gran círculo almeriense que en el Neolítico final o Eneolítico inicial se extiende hasta aquí. En cuanto al segundo tipo, con sus armas y joyas de bronce, su sílex bien retocado y su cerámica decorada, que culmina en magníficos ejemplares de vaso campaniforme, es plenamente una fase de la cultura pirenaica de los primeros tiempos de la Edad del Bronce, perdurando hasta época avanzada de la misma, como algunas piezas cerámicas prueban sin duda alguna. Entre uno y otro tipo Serra Vilaró opina que debe mediar un largo hiatus, representado por las gentes que usaban hachas de piedra pulimentada y de las que gran número se conservan

en la comarca de Solsona. En este punto no coincidimos con su opinión.

Serra Vilaró hizo curiosas observaciones sobre los ritos puestos de manifiesto en los enterramientos en cistas. Estas se construyen de preferencia cerca de fuentes, en lugares de gran espesor de tierra; en algún caso una losa recubre el suelo. El material se compone de microlitos geométricos, hojas de sílex translúcido, hachas de piedra, punzones y espátulas de hueso (metacarpos de ciervo) y cuentas de collar de piedra verde. La cerámica es tosca, de color negruzco o rojizo, mal cocida. Los toscas muelas de piedra indican el carácter agrícola de esta población. Es curioso que los enterramientos son de un solo individuo, algo encogido, mirando a Poniente. Si hay dos cuerpos, estos parecen corresponder a un hombre y a una mujer y haber sido inhumados al mismo tiempo.

Siempre nos ha preocupado el problema de esas cistas no megalíticas, según la denominación que tantas veces les hemos dado, a las que podemos seguir perfectamente desde Almería en su extensión hacia el Norte por la costa levantina. No comprendemos como puede dejar de tenerse en cuenta su presencia en época temprana al explicar la aparición de los verdaderos sepulcros megalíticos o dólmenes. Representan ya la idea que en éstos últimos adquirirá desarrollo, acaso por una nueva oleada llegada por mar. Recientemente O. Menghin hace venir la técnica dolménica de los dólmenes palestinos que parecen poder fecharse allí a mediados del IV milenio. De nuestra visita en 1933 a un campo dolménico transjordano conservamos la impresión de su parecido con nuestras cistas no megalíticas. Por ello nos inclinamos a la admisión de un solo germen con dos líneas de evolución distintas.

Los dólmenes propiamente dichos, verdaderos sepulcros megalíticos, forman la parte más considerable de la aportación de Serra Vilaró. En su busca recorrió la región que se extiende desde el alto Llobregat hasta las sierras del Pallars y desde la Cerdaña al llano de Urgel. Las comarcas que tienen su centro en Solsona y Orgañá son las más densas. Tales monumentos suelen encontrarse en lugares altos y rocosos y su distribución es más amplia que la de las cistas no megalíticas cuyo territorio no alcanza las zonas montañosas occidentales.

Varios tipos se aprecian dentro de este grupo. Uno de ellos es llamado por el autor hemidolmen o megalito de piedra picada. Confesamos que no hemos encontrado nunca nada parecido y que nuestros

datos tenderían a hacernos suponer que se trata, como decía Obermaier, de restos de monumentos más importantes que se han conservado mal. Pero no queremos negar la posibilidad de una forma local o mal conocida y no tenemos razones para dudar de la observación precisa de un investigador tan sereno como Serra Vilaró.

La casi totalidad de los monumentos descritos por este autor pertenecen al tipo de dolmen con entrada cerca del borde del túmulo; éste no pasa de los 10 metros de diámetro y es objeto de detenido estudio en todos sus aspectos. Tan sólo se da aquí un ejemplar mayor, una verdadera galería cubierta, la de Llanera. Por último se dan algunos casos, hasta seis, de dólmenes con túmulo rectangular, perfectamente claro; suelen ser pequeños y bajos y hechos en algún caso con losas pequeñas.

En los dólmenes, los enterramientos son en número variable, a veces muy grande, creyendo Serra Vilaró que se enterraban los cadáveres ya descarnados, esto es, que se trataba de un enterramiento secundario. La orientación suele ser al E. y al S. En alguna ocasión se utilizó el monumento para enterramientos posteriores. De gran valor es la observación de que los dólmenes contienen elementos braquicéfalos, que en las cistas neolíticas estaban ausentes.

En cuanto al material, con sus magníficas puntas de flecha y cuchillos y puñales de sílex, sus cuentas de collar, sus botones de hueso y sus piezas de bronce, coincide plenamente con el de las cuevas sepulcrales de la comarca y con el de la cultura megalítica de las restantes zonas del Norte de Cataluña. La cerámica comprende el vaso campaniforme y los vasos con asa de botón, estudiados por Maluquer, que hoy sabemos que demuestran una perduración insospechada en la utilización de los megalitos.

Si queremos destacar los más notables de los monumentos estudiados por Serra Vilaró, hemos de citar el llamado hemidolmen de *Collet de les Forques* en Espuñola, con su esbelto puñal de cobre, de 16 centímetros; la galería cubierta *La torre dels moros* de Llanera, que es el monumento megalítico de mayor longitud que se conserva en Cataluña, con sus 9 metros de longitud y más de 20 de diámetro tumular; el de Clará, con sus 14 cráneos y su curiosa planta trapezoidal con pequeña y estrecha cámara en la entrada; el del *Bosch* de Correá, con sus vasos de asa de botón, piezas de metal y 20 cuentas de collar de ámbar, indicios todos de su utilización tardía; la *Fossa del Gegant* en Liñá, con una fosa excavada en el centro del monumento; la *Cabana del Moro*, en Bescaran, en la Cerdaña, con

sus cuentecitas minúsculas de piedra; el túmulo de *Coll de Creus* en Gabarra, que contiene tres dólmenes en su interior; y tantos y tantos otros monumentos con rasgos no menos interesantes. Todo ello sin contar diversos menhires que son estudiados en la misma publicación.

A la luz de lo que sabemos hoy día resalta la escasez de grandes monumentos que se hace más patente conforme avanzamos hacia Occidente, al propio tiempo que se nota un empobrecimiento del ajuar e incluso una cronología más tardía como si se tratara de una cultura que se extiende de Este a Oeste o que perdura en las zonas montañosas arrinconadas.

Creemos que lo dicho basta para hacerse una idea de la ingente labor que Serra Vilaró realizó en la comarca de Solsona. No podemos dejar de lamentar el que no haya tenido allí sucesores. Aquella ha dejado de figurar entre las que aportan nuevos datos a nuestra Prehistoria siempre escasa de ellos y los materiales hallados no han logrado toda la resonancia que merecían. En todo caso Serra Vilaró con su trabajo honesto y profundo señaló el camino y ofreció prodigamente los materiales que otros han de aprovechar.

LUIS PERICOT.